

EL ALBUM.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, ARTES, TEATROS, SALONES Y MODAS.

Redaccion y Administracion.

Azonaicas, 4.

DIRECTOR.—D. CÁRLOS DIAZ.

Precios.

En Córdoba, trimestre, 6 rs
Fuera de la capital; id., 7 id

REDACTORES.		
D. Carlos Díaz Bolla.	Alcalde Valladares (D. Antonio).	Jover y Paroldo (D. José).
» Enrique Valdelomar Fábregues.	Aviles (D. Ang I).	Jerez Perchet (D. Augusto).
» Carlos Franquelo Romero.	Aragon (D. José M.)	Melendo (D. Rafael).
» Luis Lopez Amigo.	Ballesteros (D. Manuel).	Navarro y Porras (D. Luis).
» Benito Avilés Merino.	Conde Souleret (D. Rafael).	Pavon (D. Francisco de Borja).
» Rafael Garcia Vazquez.	Delgado Lopez (D. Dámaso).	Power (D. Teobaldo).
COLABORADORES.	Fernandez Grilo (D. Antonio).	Paven (D. Rafael).
Srta. Garcia (D. ^a Amparo).	Franquelo (D. Eduardo).	Ramirez de las Casas-Deza (D. I.).
	Fuente de Quinto (Baron de).	Vasconi (D. Angel).
	Fernandez Ruano (D. Manuel).	
	Illescas (D. Ricardo).	

SUMARIO.

LA SEMANA, por X.—POESIAS.—MISCELÁNEA.—PASATIEMPOS.—
LA SEÑORITA DE CHAMPROSA, por Carlos Franquelo.

LA SEMANA.

Las preocupaciones constantes de Córdoba en la que acaba de trascurrir y el objeto de todas las conversaciones han sido las alarmantes noticias que de otros puntos nos enviaban, los temores de próximos trastornos y las visitas que sucesivamente nos han hecho las fuerzas de la columna Ripoll, la de los voluntarios de la provincia y del nuevo capitán general de Andalucía.

La estancia de estos huéspedes en nuestra tranquila población ha variado su aspecto habitual, dándole las apariencias de un campamento.

Y los propaladores de novedades, comentando y exajerando los sucesos ocurridos é inventando otros nuevos han mantenido la curiosidad escitada y los ánimos intranquilos.

Afortunadamente, nuestro pueblo ha dado una vez más pruebas de sensatez y cordura y no tenemos que lamentar ninguno de los temidos conflictos.

La historia de la semana, por lo tanto, debería reducirse á hacer la descripción de los diversos batallones y de sus entradas y salidas, á reproducir invenciones y á dar cuenta de los temores pasados; pero sobre ser este un asunto ajeno á nuestro cometido, creemos que nuestros lectores estarán mejor informados que nosotros de estos particulares y aburridos de su monótona repetición: por lo que, abandonando á sus partidarios crónica tan

enojosa, diremos cuatro palabras de la ejecución de las óperas presentadas en el Gran Teatro.

El domingo inauguró el segundo abono la compañía poniendo la obra del maestro Verdi el *Trovador*, en la que hizo su debut el barítono nuevamente contratado Sr. Falvaro. Venia precedido el distinguido artista de una gran reputacion, que justificó plenamente en el desempeño del *Conde de Luna*. En el *terceto*, en la cavaleta, en la *romanza* y sobre todo en el *duo* con la tiple hizo gala de la extraordinaria fuerza y estension de sus facultades, de su buena escuela de canto y de su maestria escénica, mereciendo del público constantes y nutridos aplausos.

La Sra. Tilli, tan acertada como siempre, cantó su parte con gran sentimiento y maestria, la Sra. Latour lució su magnífica voz y el señor Conti estuvo á la altura de su reputacion. Los coros y la orquesta, perfectamente mandada por el inteligente maestro Sr. Gomez, cumplieron su cometido y la obra en conjunto resultó armónica sin que se notase vacío alguno. En el último acto se estrenó una decoración de cárcel debida al siempre inspirado pincel del Sr. Candelbach que agradó mucho.

La concurrencia poca, por hallarse ausentes muchas familias y la desconfianza de que se alterase el órden.

De esperar es que una vez restablecida la calma, el público concurra mas asiduamente á estos espectáculos y recompense los esfuerzos de la empresa y los artistas que se esmeran para darles variedad y presentarlos con todo lujo á costa de grandes sacrificios.

El jueves se puso en escena *Lucia de Lammermoor*, que interpretaron bien la Sra. Tilli y los Sres. Conti, Falvaro, Comas y Tinto-

rer, y esta noche esperamos oír *Rigoletto* de cuyo desempeño tenemos las mejores noticias y en la que se estrena una lindísima decoración del Sr. Candelbach.

El paseo, poco concurrido, estuvo algo más animado el jueves y viernes, y creemos que cobrará nueva vida una vez restablecida la calma que tanto necesitamos hoy y que siempre hemos disfrutado en este país.

X.

PARISINA.

POEMA DE LORD BYRON.

TRADUCIDO POR DON JOSÉ NUÑEZ DE PRADO.

A continuación nos complacemos en publicar la magnífica traducción de la *Parisina* de Lord Byron, debida á la elegante pluma de un eminente poeta hijo de esta provincia, el Sr. D. José Nuñez de Prado. Siempre sería oportuno este obsequio que hacemos á los lectores de EL ÁLBUM, porque siempre es buena ocasión para deleitarse con obras literarias de tanto valer; pero hoy nos mueve especialmente á insertarla en nuestro periódico, la circunstancia de hallarse entre nosotros el Sr. Nuñez de Prado.

Innumerables son las bellezas que encierra este poema: en él ha vertido su autor los raudales de su inspiración colosal, el nervio, la energía, la amargura de su alma, caracteres distintivos de Byron; esa gráfica y concisa apreciación de la naturaleza y de las pasiones, distintivo de todos los grandes poetas. *Parisina*, á nuestro juicio, está inspirada en el Canto III de la *Divina Comedia*; es un eco de aquel sublime relato de Francesca de Rimini, un incomparable desarrollo de aquel verso tan profundamente dramático:

Amor condusse noi ad una morte.

En cuanto á la traducción del señor Nuñez de Prado, diremos que está á la altura del original: el mismo efecto que este produce entre los lectores ingleses, logra producir aquella en los lectores españoles; es fidelísima en conceptos y frases y hasta en palabras, según hemos visto cotejándola detenidamente con la inmortal obra de Byron; y conservando el estilo propio y singular del autor, lleva, sin embargo, impreso un sabor tan castellano, que no parece sino primeramente escrita en el idioma de Garcilaso y de

Calderon: mérito tanto más apreciable cuanto es más difícil y escaso, pues solo le han mostrado Fray Luis de Leon, D. Juan de Jáuregui y pocos más entre los antiguos, y Ventura de la Vega y alguno que otro entre los modernos. Verdad es que el Sr. Nuñez de Prado es un gran poeta, y no debe maravillar que quien siente y expresa como él los conceptos propios, vierta de un modo tan notable los ajenos. Véase ahora como tenemos razón en cuanto acabamos de decir; hé aquí el poema:

I

Es la hora en que se oye el delicioso canto del ruiseñor en la enramada; la hora en que en acento misterioso el amante hace votos á su amada.

Cuando las aguas del vecino lago, y el viento, que las mueve adormecido, juntos murmuran en concierto vago, y hacen música dulce en el oído.

Y están llenas las flores de rocío, y sus estrellas muestra el cielo puro, y el azul de la onda es más sombrío, y el verde de las hojas más oscuro,

Y suave baña el firmamento raso esa tinta, entre clara, entre sombría, que vaga fluctuante en el ocaso, y sigue al lento declinar del día.

Ese claro confuso, que aparece cuando la sombra con la luz se aduna, y el crepúsculo incierto desaparece ante los tibios rayos de la luna.

II

Más, no para escuchar de la cascada el grato ruido, deja *Parisina* en la noche sombría su morada, ni para ver la luna peregrina.

Si del palacio de Este en el umbroso bosque se sienta, no es por el aroma que despiden sus flores abundoso, y el aire fresco de la noche toma.

Escucha, pero no es el dulce canto del ruiseñor amante: más querido, y de más suave y delicioso encanto otro acento esperando está su oído.

Del bosque espeso entre el follaje verde rumor de pasos se percibe lento, y súbito el color su rostro pierde, Y late más su corazón violento.

Pero se oye una voz entre las hojas,
y el perdido color vuelve al semblante,
y cesan de su pecho las congojas,
y luego..... ya á sus piés tiene á su amante.

III

¿Y qué es para los dos ahora el mundo
con sus cambios de tiempo, en guerra ó calma?
vivientes, cielo, y tierra, y mar profundo
nada son á sus ojos, ni á su alma.

Como cuerpos sin vida, indiferente
el espíritu á cuanto le rodea,
cada cual para el otro solamente
vive, y respira, y goza y se recrea.

Revelan sus suspiros tal ventura,
que si no decayera su alegría,
de esa suprema dicha la locura
los pechos que la sienten destruiria.

Ni el crimen, ni el peligro al pensamiento
vienen, en su confuso desvarío;
¿quién teme ni vacila en tal momento,
de tal pasion sintiendo el poderío?

¿Quién piensa en lo fugaz de esos instantes?
¡Ya se pasaron! ¡Ay! del halagüeño
dormir solemos despertarnos antes
de saber que no vuelve mas el sueño.

IV.

Mirándose, se alejan lentamente
del lugar de su crimen placentero,
y aunque se esperan ver, cada uno siente
como si aquel adios fuese el postrero.

El frecuente suspiro, el largo abrazo,
el lábio que á la faz de Parisina
quiere quedar pegado en dulce lazo,
mientras la luz del cielo la ilumina;—

El cielo, de quien teme su castigo,
como si desde lo alto cada estrella
de su fragilidad fuera testigo,
y que nunca tendrá perdon para ella.—

El frecuente suspiro, el largo abrazo,
la atractiva mirada de amor llena,
todo con fuerte, irresistible lazo
á aquel sitio fatal los encadena.

Y hay que partir, con ese abatimiento
de corazon, esa inquietud extraña,
ese interior y frio movimiento
que á las malas acciones acompaña.

V.

Y Hugo se ha ido al solitario lecho,
pensando de su amor en las delicias,
á desear con encendido pecho
de la esposa de otro más caricias.

Pero ella cuando va tranquilamente
á dar el cuerpo el natural reposo,
tiene que reclinar la impura frente
junto al pecho confiado de su esposa.

Como presa de alguna pesadilla,
agitacion febril turba su sueño,
y parece que enciende su megilla
el vaiven tumultuoso de un ensueño.

En esa agitacion murmura un nombre,
que á pronunciar de día no se atreve,
y á su pecho, que late por otro hombre,
estrecha el de su esposo, y lo conmueve.

Y él despierta, al sentirse comprimido,
de su esposa feliz en el regazo;
y por el vivo halago seducido,
de aquel amante, inesperado abrazo,

Piensa deberla muestras de ternura
con que responde á su cariño blando,
y, enternecido, llora de ventura
sobre aquella que le ama hasta soñando.

VI.

La abraza, y en oirla se embebece
sueñas palabras que pronuncia inquieta....
¿Por qué el príncipe Azo se estremece
cual si oyera al Arcángel del Profeta?

Bien puede estremecerse: de otro suerte
no ha de tronar el fallo sempiterno
sobre su tumba, el día que despierte
para comparecer ante el Eterno.

Bien puede estremecerse: ese sonido
acaba con su paz sobre la tierra:
el nombre que aquel lábio ha proferido
el crimen de ella, y su vergüenza encierra.

¿Y cuyo el nombre es, que en la almohada
suena, como la mar contra la roca,
cuando arroja la tabla destrozada
del náufrago infeliz y lo sofoca?

Tal recibe en su mente el choque rudo:
¿cuyo es el nombre? De Hugo, de se hijo,
¡nunca pensar en él tal cosa pudo!—
prenda de union que el cielo no bendijo,

Fruto de los amores turbulentos

de su edad juvenil, cuando á la hermosa Blanca engañó con falsos juramentos, y luego no la quiso por esposa.

VII.

Echa mano al puñal; mas ya desnudo vuelve á la vaina el hierro damasquino, que, aunque es indigna de vivir, no pudo segar el cuello á un ser tan peregrino;

Al menos, cuando duerme, y la sonrisa baña suave el amoroso labio: ni quiere despertarla, aún indecisa la mente en la venganza de su agravio.

Pero clavó en su faz una mirada, que si ella en aquel trance se despierta, con la sangre en las venas coagulada, vuelve á dormirse, como el mármol, yerta.

Y al brillo de la lámpara que alumbra el aposento, en su ceñuda frente sudor copioso y frío se vislumbra, que rueda en grandes gotas lentamente.

Ella no habló ya mas: dulce reposo presta el sueño á sus miembros delicados, en tanto que en la mente de su esposo han sido ya sus días numerados.

VIII.

Y él busca y halla en el siguiente día, entre las gentes de su casa, plena prueba de aquello, que saber temia: el crimen de ellos, y su eterna pena.

La dama connivente y la doncella, para salvarse, agrávanla la culpa: vergüenza, y crimen y castigo en ella de cada cual arroja la disculpa.

Nada hay oculto ya; las más pequeñas circunstancias refiere el labio ingrato, dando prolijas é importunas señas, para añadir más crédito al relato.

Y Azo es más torturado en su despecho, sin que evitar tales tormentos pueda; ya ni á su oído ni á su triste pecho nada que oír ni que sentir les queda.

IX.

Y no es hombre que gaste dilaciones: en el salón de Corte de su Estado, como suele en solemnes ocasiones, en su trono está el príncipe sentado.

Los nobles de Este, y guardia circunstante, allí llenan la cámara espaciosa: la culpable pareja está delante, jóvenes ambos, y ella ¡cuán hermosa!

Sin espada en el cinto, á la impotencia reducidas sus manos entre hierros; ¡oh Cristo! ¿que así venga, á la presencia de un padre, un hijo por sus propios yerros?

¿Así ante un padre ha de prestar oído Hugo á su causa, y su sentencia cruda? Mas no parece su ánimo abatido, aunque su voz haya quedado muda.

X.

Y pálida, entretanto, y silenciosa, espera su sentencia Parisina: ¡cuán cambiada! A la corte fastuosa gloria era ayer su vista peregrina.

Los nobles acudian á su sala á servirla; y atentas á su aire, haciendo las hermosas de ello gala, remedaban su voz y su donaire.

Y parecia la mas bella, ufana de imitar en el garbo y apostura las gracias de su linda soberana, que era reina tambien de la hermosura.

A una lágrima sólo, entónces de ella, al punto se lanzáran mil guerreros, haciendo propia suya la querrela, á vengarla desnudos los aceros.

¿Qué ha sido de ella y de esos mil valientes? ¿puede mandar ni ser ya obedecida? silenciosos ahora, indiferentes, con la mirada torva y abatida,

Con los brazos cruzados, aire frío, sin que el desdén del labio se reporte, allí están sus guerreros de mas brio, sus damas a li están, toda su corte.

Y él, la flor de sus bravos caballeros; él, que blandiera la temible lanza á un mirar de sus ojos hechiceros, y volára en su auxilio sin tardanza;

El, que, á ser libre sólo un breve instante, muerto fuera ó la hubiese libertado; él, de la esposa de su padre amante, con cadenas tambien está á su lado.

Ni ve en los ojos de su dulce amada cómo rebosa el llanto que los llena,

ménos por su dolor desesperada
que por la de él desgarradora pena.

Sus párpados no vé de pura nieve,
dó el suave tinte de violeta impreso
que deja en su vagar la vena leve,
hace poco invitaba al dulce beso.

Ahora, ardiendo lívidos, parece
que oprimen mas que velan la pupila,
cuya mirada apaga y oscurece
el llanto aglomerado que destila.

XI

Tambien, si no le vieran, él desecho
en lágrimas, por el'a lloraria:
mas, si siente do or, duerme en su pecho,
y la frente alza tétrica y sombría.

Sea cual fuere la afliccion profunda
de su alma, humillarse no quisiera
ante la multitud que lo circunda,
y no mira á su triste compañera.

La memoria de dias mas serenos,
su amor, su crimen, su amargura interna,
la ira del padre, el ódio de los buenos,
su suerte en esta vida y en la eterna;

Y la de ella, ¡oh dolor!...; ¡ay no se atreve
ni aun á mirar aquel semblante bello,
aquella blanca frente en cuya nieve
há grabado la muerte ya su sello!

Pues teme que al mirar'a, el ardimiento
le falte al corazon acongojado,
y revele su cruel remordimiento
por todas las desgracias que ha causado.

XII

Y Azo dijo:—«Aun ayer estaba ufano
y con hijo y esposa me engreia;
la mañana ahuyentó mi sueño vano
y sin los dos he de acabar el dia,

»Si he de pasar mi vida solitaria
sea en buen hora; lo que yo, á despecho,
hago, en esta ocasion extraordinaria,
todos en mi lugar lo hubieran hecho.

»No fuí yo ciertamente quien rompiera
estos lazos, mas no los necesito:
Hugo, un ministro del altar te espera,
y despues la expiacion de tu delito.

»Antes que asome la primera estrella
eleva al cielo tu oracion contrita:

vé, si alcanzar perdon puedes con ella,
que su misericordia es infinita.

»Mas en la tierra no hay parte ninguna
donde sólo una hora, ni un segundo,
tú y yo podamos respirar á una;
los dos ya no cabemos en el mundo.

»!Adios por siempre! Yo no quiero verte
morir; mas tú, ser frágil, su cabeza
verás rodar y llorarás su muerte;
idos, que á mí me falta la entereza.

»Vete, mujer de corazon impuro,
mi mano no, la tuya es la homicida.....
si sobrevives á ese trance duro,
yo te la dejo, goza de la vida.»

XIII

Y Azo se cubrió ya la faz sombría;
que las venas se inchaban en su frente,
y fluia la sangre y refluia
en su cerebro, como un mar hirviente.

Y la cabeza baja, pensativo,
quedó abismado en honda pesadumbre,
con la mano velando el rostro esquivo
al mirar de la atenta muchedumbre.

Hugo, en tanto, con hierros oprimido,
alza las manos y á su padre pide
por breve espacio que le preste oido;
y él silencioso que hable no le impide.

«No la muerte cercana me intimida,
que á tu lado me viste en la batalla,
al fogoso corcel suelta la brida,
roja de estrago la luciente malla;
y esa espada en las lides tan temida,
que hoy me ha arrancado tu feroz canalla,
mas sangre derramó por defenderte
que el hacha hará correr al darne muerte.

«Puedes tomar la vida que me diste,
don al que no te estoy agradecido,
que en mi el recuerdo del agravio existe
que á mí madre infeliz has inferido;
el menosprecio que á su amor hiciste,
la vergüenza que á mi me has trasmitido;
mas el'a está en la tumba, y á su lado
iré yo pronto, tu rival odiado.

»Su roto corazon y mi cabeza,
separada del tronco palpitante,
dirán entre los muertos la terneza
de tu amor, como padre y como amante:
te he ofendido, lo digo con franqueza,
mas mi agravio es al tuyo semejante,

pues que hiciste en tu odiosa tiranía
tuya la esposa que iba á ser o mía.

»La viste y codiciaste su hermosura,
y tu propia maldad, mi nacimiento,
fué la prueba que hallaste mas segura
para humillarme y conseguir tu intento;
dijiste que era yo innoble criatura,
y desigual, por tanto, el casamiento,
que heredar no podia tus honores,
ni el trono de tus ínclitos mayores.

»A ser mas larga la existencia mia,
con el brillo que diera yo á mi nombre
el de la casa de Este eclipsaria,
debiéndome á mi mismo mi renombre;
si tuviera una espada, todavía
late en mi pecho el corazón de un hombre,
capaz de conquistar una cimera
cual nunca la ostentó tu raza entera.

(Se concluirá.)

MISCELÁNEA.

El viernes se unieron en eterno lazo el
eminente poeta Sr. Fernandez Grilo y la lin-
dísima y virtuosa señorita Doña Fuensanta
Crespo.

Deseamos á los nuevos esposos tantas feli-
cidades como laureles esperan en su camino
de gloria al distinguido vate cordobés.

Por nuestros colegas malagueños hemos
sabido que en una de las frecuentes emigra-
ciones por causas políticas de aquella locali-
dad, y al llegar á Torremolinos, ha tenido la
desgracia de fracturarse una pierna una se-
ñorita bastante conocida y apreciada en la
sociedad malagueña.

Aunque hasta ahora ignoramos su nombre,
hacemos fervientes votos porque consiga un
pronto restablecimiento.

Ha sido destinado de Ingeniero Jefe de
la provincia de Toledo, donde se encuentra,
nuestro querido amigo el Sr. D. Luis Vasconi.

Para esta provincia y para la buena so-
ciedad es una pérdida el Sr. Vasconi que reu-
ne á su laboriosidad é inteligencia un trato
amable y unos conocimientos músicos poco
comunes.

Por un olvido involuntario hemos dejado
de mencionar en nuestras revistas á la par-
tiquina de la ópera Srta. Barba, que desem-

peña con bastante gusto y acierto los papeles
que le estan confiados, cualidades que hace
resaltar doblemente su exquisita modestia.

Avisito.

—

Querido Carlos Franquelo;
Ya el ÁLBUM no te de desvela
De ese *canton* en el suelo,
Y abandonas la *novela*
A los mundos del *camelo*.

Cedebe.

Sabemos que ha quedado en suspenso el
telon que para el Gran Teatro se pintaba por
el Sr. Candelbac, por necesitarse hacer esta
operacion en el escenario, ocupado hoy cons-
tantemente por la compañía de ópera que allí
actúa.

Tenemos de este trabajo las mejores noti-
cias, y desde luego aplaudimos la innovacion
introducida de convertir en un elegante cor-
tinaje de grana, que entona bien todas las de-
coraciones, el primer bastidor de emboca-
dura.

Esta noche se estrenan unas bellísimas de-
coraciones hechas *ad hoc* para la ópera que
ha de representarse, *Rigoletto*.

PASATIEMPOS.

CHARADA.

—

Son *segunda* y *prima* letra,
y un baile muy conocido;
prima y *segunda* (es el *todo*)
forman el nombre de un rio.

J. LOPEZ.

LAS SOLUCIONES EN EL NÚMERO PRÓXIMO

—

REMITIDO.—Solucion á las charadas insertas en
el número anterior:

1.^a TABACO—2.^a RAMONA.

CÓRDOBA:

Imprenta de LA ACTIVIDAD,
A zonaicas, 4.

ta: mi dicha consiste en estar al lado vuestro. Id al fin del mundo si es necesario, pero llevadme con vosotros.

La inflexion melódica que acompañaba á estas palabras les comunicaba un encanto penetrante.

Didier sintió un raptó de entusiasmo y exclamó:

—Si querida Valentina, si: la llevaremos á V. y si fuese necesario la arrebatáramos!... Nuestra union es ya una costumbre que ha echado profundas raíces en el corazón y que desafía al tiempo. Morir por V. es fácil á quien la ama, pero vivir sin V. es imposible para quien la adora.

La señora de Mervilly tapó la boca con la mano á su hijo riéndose y exclamando:

—Qué significa esto! Una declaracion á quema ropa, sin las conveniencias sociales y delante de tu madre! Y las formas, caballero? y el respeto que á mí se me debe?... Crees acaso que Valentina, repuso variando de tono, habrá escuchado ese fogoso lenguaje, para convencerse de la clase de sentimientos que te inspira? Hace mucho tiempo, no lo dudes, que ella sabe mejor que tu mismo á que atenerse en este asunto. Una mujer, y sobre todo si es jóven, es tan observadora es tan sutil....

—V. me advirtió, dijo Valentina. Yo no he hecho prueba alguna, ni observado nada.... Francamente... yo nunca he dudado del cariño de que soy objeto por parte de Didier. El se ha mostrado siempre conmigo muy afectuoso, pero tambien muy reservado. No hace mucho tiempo, lo jurro, que me manifestó sus sentimientos y esta confesion fué para mí un suceso imprevisto, pero el mas dulce de todos los sucesos.

—Vamos, vamos! dijo la baronesa, esto es claro y no admite duda alguna: vuestro matrimonio es inevitable, y se llevará á cabo en cuanto Didier haya obtenido la posicion á que aspira y que irá pronto á pretender á la córte.

—Es razonable, en efecto; pues no creo prudente echar sobre sí las cargas de una familia á la que no se puede mantener de una manera decorosa, dijo el baron con aire reflexivo: pero te-

mo que el plazo eventual que interpones á mi dicha no adelanta gran cosa el ansiado momento de mi union con Valentina.

—Yo no pretendo retardar la realizacion de vuestra felicidad, hijos míos, y si os conviene casaros sin tardanza, hacedlo en la seguridad que yo no me opondré lo mas mínimo.

—Dios mio, exclamó Didier; confieso por lo que á mí toca que no me importaria ser el mas tierno de los maridos, antes de ser el mas celoso de los sub-prefectos.

La señorita de Champrosay tendió al baron sus lindas manecitas y respondió tranquila pero resueltamente:

—Señora baronesa; la voluntad de su hijo de V. será la mia, porque mi corazón es suyo: sin embargo yo creo que Didier debería estar libre de toda preocupacion de familia durante su estancia en París; en mi concepto, es necesario que se entregue por completo á las exigencias de su situacion de pretendiente. Por de pronto su esposa no podría acompañarle, todos sabemos porqué; así es que desde los primeros pasos, partiria solo triste y contrariado. Como podrá decidarse de seguida á dar los pasos necesarios con valor y con decision? No será al poco tiempo presa de una impaciencia muy natural de volver con la compañera de su vida, con aquella cuya alma le dirigiria siempre un llamamiento misterioso que el veria sin duda, y al cual tendría que resistir? Y si esas esperanzas tardaran en realizarse, si, como sucede á menudo, el efecto de las recomendaciones dilataran el asunto, donde iria á buscar un apoyo que esforzara su perseverancia? No seria un desaliento tanto mas grande, cuanto que nadie se ocuparia de estimular su ambicion?... Yo opino, pues, que en beneficio suyo aplacemos nuestro matrimonio hasta su vuelta de París. Nuestra dicha podrá ser así la recompensa de sus esfuerzos, de su paciencia y de su éxito.

—Valentina tiene razon, dijo la baronesa: Valentina es la prudencia y el buen sentido personificados, y nosotros debemos seguir sus inspiraciones.

—Valentina es muy sensata, en efecto; añadió Didier con cier-

ta amargura: á los diez y ocho años tiene la gravedad y la circunspeccion, que dán tan so'lo á una mujer la madurez y la experiencia.

—Eso puede ser un reproche, y yo no lo merezco ciertamente, dijo Valentina con ternura. Yo he hablado segun mi conciencia, pero no por eso estoy menos pronta á obrar segun los impulsos de mi corazon.... Así, Didier, yo seré su esposa cuando V. lo desee.

Estas palabras cambiaron súbitamente la expresion de la fisonomía del amante, que exclamó cubriendo de besos las blancas y pequeñas manos que tenia entre las suyas:

—V. es un ángel, Valentina, y yo un sandio que me he permitido dar una mala interpretacion á sus bellos sentimientos. Sí, por muy grande que alimenta mi ternura, reconozco con V. que es conveniente retardar nuestra union hasta que mis pretensiones mejoren nuestro estado. Verdaderamente seria una locura contraer nuevos deberes de familia cuando todo nos falta hoy y nada nos garantiza el bienestar del porvenir.

—Perfectamente; exclamó la baronesa: ya estamos todos de acuerdo y yo creo que Dios se nos mostrará propicio para que suceda á nuestras duras pruebas, tan enérgicamente sufridas, una era de reparacion y de prosperidad. Esperando, prosiguió, tomar la parte que me corresponde en nuestros reveses de fortuna no me mortifica nada absolutamente la idea de habitar la casita de la calle de Livarot: bien es verdad que esta casita es muy pintoresca y está amueblada con cierta elegancia. Valentina la ha adornado con el mejor gusto: ha hecho de ella un pequeño paraíso. Así, pues, yo pienso ser tan dichosa cuanto se puede ser despues de haber perdido una fortuna....

Estas últimas palabras la pronunció como á pesar suyo: un suspiro conmovió ligeramente su pecho y murió sobre sus lábios: despues volvió la cabeza para ocultar una lágrima que empañó su mirada, y que hizo esfuerzos por devorar.

hombre deberia desde su juventud ser capaz de ganarse su pan trabajando.

—El autor de *Emilie* es un filósofo excesivamente rigorista y escusivo, hijo mio. Su aspiracion de querer que todo el mundo se haga artesano es impracticable. A Dios gracias, para un talento cultivado como el tuyo hay otros recursos que la sierra ó el palaustre; y abrigo la confianza de que con la ayuda de nuestros amigos obtendrás una ocupacion en consonancia con tus facultades.

—Yo tambien tengo esa esperanza, y mi resolucion está ya tomada respecto al asunto.

—¿Y qué has pensado? Sepamos, hijo mio.

—Ante todo pedir cartas de recomendacion á todas aquellas personas que han conocido á mi padre y le han apreciado en lo que valia; despues ir á París á solicitar un puesto, un destino, que se yo.... Yo soy licenciado en letras, y este título demuestra que poseo algunos conocimientos y que merezco alguna atencion á mis aspiraciones.

—Lo que te convendria ciertamente, repuso la baronesa reñexionando, seria una subprefectura... en Normandía, por ejemplo, si fuera posible... ó cuando menos en uno de los departamentos vecinos.

—Bahl no importa donde, madre mia: además no quiero ser demasiado ambicioso, y si el ministro me enviase á administrar á Brignolles en el Var, ó á Orthez en el bajo Pirineo, se lo agradecería sinceramente.

—Verdaderamente, porqué no ha de ser en Orthez ó en Brignolles? Qué importa la subprefectura, siempre que nos sea permitido á Valentina y á mí el acompañar al señor subprefecto... Que opina de esto la señorita Valentina?

La jóven caminaba en silencio. Cuando oyó la pregunta, entre sería y alegre, que se le dirigía miró á la baronesa con ternura y le respondió con una dulce gravedad:

—Donde quiera que estemos todos reunidos, estaré yo conten-